

UNA HORA ESCASA DE LITERATURA COLOMBIANA

De los Cronistas primitivos a los poetas de "Piedra y Cielo".
(Siglo XVI a 1950)

Escribe: CARLOS LOPEZ NARVAEZ

El título de este opúsculo tal vez le venga un poco grande si tomamos en cuenta la naturaleza del trabajo, porque ni es una plática para debatir un punto, ni es disertación sobre materias, cuestiones o temas doctrinales fundamentalmente considerados. Viénele ajustado y verdadero el título de lección escolar, en las mismas medida y calidad con que lo hace un estudiante empeñado en ganar honradamente el curso respectivo. Sin pretensiones literarias ni empeño de narcisismos oratorios, les traigo a ustedes, jóvenes estudiantes de toda edad y de ambos sexos, una lección preparada cuanto mejor me ha sido posible sobre los nombres, productos, cantidad, peso y medida, reducidos a comprimidos conceptuales críticos o valorativos, que desfilan por la historia y conforman el cuerpo de nuestra cultura literaria.

Esta visión sintética de la literatura colombiana, "De los Cronistas primitivos a los poetas del piedracielismo", se me ocurre compararla con lo que se ve a diario en las ciudades que tienen aeropuerto: El aparato que llega acostumbra dar o hacer un gran aerorodeo, inclinando un ala a guisa de saludo, sobre la ciudad antes de caer sobre la pista, como diciéndoles a los viajeros: esta es la ciudad, obsérvenla panorámicamente en su contorno integrado; después, ya en tierra, cada cual cogerá para el barrio o por la vía o las vías de su interés o de su gusto.

Entremos, pues, en materia:

La cultura colombiana y la historia de su literatura derivan sin solución de continuidad de las respectivas españolas. América asoma al mundo de la civilización cuando en las letras hispánicas alborea también su máximo esplendor; política y literariamente el descubrimiento y la conquista se insertan en el siglo de oro español, mediante el obvio aporte que los cronistas de Indias hacían en razón del tiempo y de sus circunstancias. El numeroso grupo de estos primitivos daría por sí solo para un extenso y prolijo estudio crítico en el que se destacaría por el volumen y las calidades de la respectiva obra, la mejor media docena de ellos, y que alineados cronológicamente sería: Gonzalo Fernández de Oviedo llegado a América en 1514, primero que ejerció, por gracia y merced de Carlos Quinto, el cargo de Cronista oficial de las Indias. Su obra "Historia General y Natural de las

Indias", le fue encargada como réplica a la campaña de Fray Bartolomé de las Casas, implacable denunciante de crueldades y exterminios de los nativos dueños del mundo cis-atlántico. Ya ustedes habrán captado que Fernández de Oviedo mal podría ser escogido para representar genuinamente el grupo primitivo de nuestros cronistas: no hay que confundir cronista real con un real cronista; lo primero es un encargo, lo segundo es ponderada calidad.

Le seguirían a este, el Licenciado, Adelantado y Fundador, Jiménez de Quesada, de cuya obra, perdida casi en la totalidad, quedaron extensas muestras, grandes cantidades textuales en la obra de su tocayo y colega el supradicho Gonzalo Fernández de Oviedo. Pedro Cieza de León sería el tercero. De su enciclopédica obra que tituló "Crónica del Perú", la prima parte es la que nos atañe. De este cronista hizo un justo y no menos intencionado elogio nuestro grande y sabio Señor Suárez. El inescrupuloso saqueador de este cronista que sí estuvo en América, fue nada menos que Antonio Herrera, nunca venido a las Indias; solo que como se apoderó de parte ingente de la obra de Cieza de León se hizo peninsularmente famosísimo con sus "Décadas de Indias". Datos son estos que trae el Señor Suárez en "El Sueño de Antioquia" (Tomo V de la obra de Luciano Pulgar). A Cieza de León siguen Fray Pedro de Aguado con su "Recopilación Histórial Resolutoria", Don Juan de Castellanos con sus faraónicas *Elegías*, y Fray Pedro Simón con sus *Noticias Historiales*, paradisíaco y amazónico piélago aún para las modernas pescas de la etnología y la sociología. Pero como este piélago tiene su mejor manantial en las *Elegías*, y estas como poesía son muy buena crónica, las malas lenguas (que a ratos son las mejores) dieron en decir hace unos siglos, que Fray Pedro puso en buena prosa los malos versos de Don Juan. Digamos para cerrar en este punto que, constreñidos a reducir al mínimo la representación de los primitivos, ella debería confiársele al Licenciado, al Padre Castellanos y a Fray Aguado y Fray Simón, a fuero de letrados, por volumen y alcance de las respectivas obras y por la calidad de los estilos. Coloridamente vigoroso y castizamente desenvuelto en los dos franciscanos; profuso de tonalidades y colmado de sorpresas lindas y monstruosas, lo mismo que una selva poblada de alimañas y catlejas, en Mosén Castellanos; docto, pulcro y templado, como su propio acero, en el humanista fundador de Santafé. Bien podemos decir de Jiménez de Quesada que fue el primero en imprimir un poco de su propio carácter en la mentalidad colombiana; humanista por vocación y guerrero por necesidad, era de aquellos políticos y hombres de mando como los que, después, en nuestras revoluciones civiles, pasaban fácilmente de los claustros colegiales a los campos de batalla, para luego retornar de estas a sus escritorios, todo con la mayor naturalidad. Puede que esa influencia del Licenciado, conquistador y fundador, gobernador y letrado sea la razón de la esterilidad colombiana para las dictaduras, y para que sobre el brillo de las espadas hayan de prevalecer siempre, tarde o temprano, el sentido y el decoro espirituales del civilismo constitucionalista. Recordemos, si no, que el propio Padre de la Patria dijo: Prefiero al título de Libertador el de ciudadano de la Gran Colombia.

Coloquemos en seguida el grupo espléndido de tres figuras jesuitas, José Casani, José Gumilla y Manuel Rodríguez; cronistas especiales del descubrimiento, hoyas y pobladores de los grandes ríos Orinoco y Amazo-

nas, y a su lado, los monografistas Francisco Guillén Chaparro y Juan Fernández de Ocáriz, de ciudades el primero, y de las genealogías granadinas, el segundo. La expresión del carácter y el sentimiento nativos, ya con niveles de historiografía, empieza con el obispo Fernández de Piedrahita; le da lustre y calidades el estilo grato y elegante del dominico fray Alonso de Zamora; y en el cronista Juan Rodríguez Freile asoma la primera muestra de picaresca hispanoamericana con su famoso cronicón santafereño que abarca desde el descubrimiento hasta 1683. El público, no el propio autor, por agrado algunos, por rencor, algunos otros popularizó la obra con el remoquete de "El Carnero". Y hasta aquí descubrimiento y conquistas. Veamos la cultura colonial.

Con el siglo XVIII y con dos nombres hace su primer acto de presencia culminante la poesía: el presbítero don Hernando Domínguez Camargo, su Poema Heroico de San Ignacio de Loyola y menores obras dan fe de las conquistas del gongorismo peninsular; nuestra adorable clarisa Francisca Josefa del Castillo, con sus "Afectos Espirituales" y su autobiografía enaltece su propia cuna dándole en gloria espiritual la proporcional jerarquía de la española Avila de los Caballeros.

Finalizado el primer tercio de ese siglo, con la introducción de la imprenta, el periodismo inicia la vida literaria autóctona, por obra y gracia de don Manuel del Socorro Rodríguez, y en recíprocos estímulo y fomento con las *Tertulias Literarias*, trasplantes retrasados un siglo de modelos franceses. La de simple esparcimiento social produce una literatura frívola, graciosamente ingenua; la de objetivo cultural, una literatura de erudito candor y pseudo clásica; la de inquietudes filosófico-políticas rinde, a base de enciclopedismo francés, una literatura revolucionaria. Todas estas acaban sumadas aguerridamente en aras de la independencia granadina. Oradores, polemistas y políticos, humanistas, juristas y polígrafos se nutren ideológicamente de libros europeos clandestinamente introducidos. Antonio Nariño, Camilo Torres, Francisco Antonio Zea, José María Salazar, José Fernández Madrid, representan por lo alto el movimiento; Mutis y Caldas apersonan, inician, exponen y realizan la especulación científica, como naturalistas, matemáticos y astrónomos, y con un equipo de estudiosos investigadores dan cima a la empresa de mayor alcurnia en el desarrollo de la cultura colombiana: *La Expedición Botánica* y su divulgación orgánica con el *Semanario de la Nueva Granada* (115 ediciones entre 1808 y 1810).

El primer tercio del siglo XIX, período de la revolución libertadora, presenta cuatro fases definidas: Oratoria, periodismo, historia y poesía. Los tribunos de la insurgencia —Torres en el foro, Nariño y Zea en el parlamento, Bolívar con sus proclamas de guerrero, sus exposiciones y mensajes de magistrado—, dan a la elocuencia todos los matices para apasionar, ilustrar y conducir un pueblo en la lucha y entre la libertad. Para ponerle una vértebra de oro a esta columna dorsal de nuestra literatura, permítanme ustedes destacar aquí el "Memorial de Agravios", en la valoración crítica de Guillermo Valencia. "No sabe uno —dijo el Maestro— qué admirar más en aquellas cláusulas de corte clásico que recuerdan la majestad exuberante de Marco Tulio Cicerón: si la habilidad del político o la ciencia del historiador; si la documentación del estadista o la excelsitud del filósofo; si la exposición del profesor, o la profundidad cristalina del concepto; si la cortesía en las palabras o la dignidad en el reclamo; si la sutileza para

sugerir o la energía para impugnar; si el respeto por la tradición en lo que tenía de bella y justa, o el relampaguear del patriotismo, del entusiasmo y de la cólera, constreñidos por las circunstancias”.

El periodismo y las letras historiales se aprestigian batallantes en Nariño y Santander, políticos; asumen pulcra fidegñidad en el documento y en el estilo severos de José Manuel Restrepo. La poesía lírica se ilumina en el suave intimismo de Fernández Madrid; en la tierna pasión y en la sátira polémica de Vargas Tejada; en la exultación patriótica de José Joaquín Ortiz. La dramática ofrece sus primicias con estos mismos autores: trágica racial con el primero; cómico-social con el segundo; épico panegirista en el tercero.

Desde el solio presidencial Bolívar y Santander dan a las letras y a la cultura todos los estímulos, fundando universidades, museos y bibliotecas y reglamentando técnicamente la enseñanza.

Nuestro Romanticismo, como expresión estética —segunda mitad del siglo XIX— fue sosegada proyección de una lucha cruenta pero no menos romántica. Dentro de una naturaleza opulenta, ardiente o plácidamente ensoñadora, prosa y poesía eran obra de bardos aguerridos y doctos, así en la estrofa como en la tribuna y la gaceta; su obra, modelada al rigor clásico era, sin embargo, vigorosamente renovadora. José Eusebio Caro es la figura señera: delicadeza y poderío, altura y diafanidad en la sustancia y su expresión, hacen del cantor de “El Último Inca”, del pre-rubendariano de “Estar Contigo”, un poeta que vale por toda una literatura. A su lado —y a su frente en un congreso cuando estos eran más o menos admirables— está Julio Arboleda cuyo ensayo épico “*Gonzalo de Oyón*”, no obstante lo fragmentario e inconcluso, muestra pleno dominio de factores líricos y de elementos dramáticos, en octavas pares de los modelos clásicos. (Basta leerla una sola vez, se lo aseguro a ustedes, para que se nos grabe indeleble aquella que dice: la misión de los buenos en la tierra es hacer bien al hombre mientras vivan y bendecir el mal que de él reciban y con amor su ingratitud pagar; para que así la humanidad rebelde, por el constante ejemplo entusiasmada, de tanto verse amada y perdonada aprenda al fin a perdonar y a amar. La “Memoria sobre el cultivo del maíz” es poema capital de nuestra literatura; con la gracia silvestre del lenguaje, Gutiérrez González viste de encantadora lozanía la rudeza tropical. La lírica filosófica de Rafael Núñez, la vibradora y confidente de Isaacs, la docta y festiva de Diego Fallon, la constelada y cósmica de Rivas Groot, se unifican en la fecundidad multiforme de Rafael Pombo, romántico original, traductor fabulista y poeta de todos los niveles. En verdad; el período clásico de las letras colombianas, al menos en la lírica, se instituye en estas figuras del ciclo-romántico.

El Mosaico fue un cenáculo de letrados eminentes; costumbrismo, novela, ensayo, historia, les deben las más fértiles orientaciones: revitalizan el romanticismo extenuado de excesos, modernizándolo en temática y estilo; abren a la novela cauce autóctono, acotado esencial y formalmente con nombres de mujer —*Maria, Manuela, Tránsito*— como tres violetas disecadas en un libro de buen amor. Y como victoriosa realización de picaresca propia, “El Moro”, hidalgo indiano, antepasado remoto del tierno y chape-ton “Platero”.

La grande y la pequeña historia laboran monumentalmente con Groot, Posada Gutiérrez, Cordovés Moure, Ancizar, Ibáñez. Publicistas como Núñez, José María Samper y Camacho Roldán, imprimen a la crítica política y al ensayo sociológico la altura y reciedumbre que testimonian las páginas de *La Reforma Política en Colombia*.

Las postrimerías del siglo enmarcan dos manifestaciones preeminentes: el humanismo de Miguel Antonio Caro, ápice del potencial clásico latinoamericano, emparentado con las labores filosóficas y gramaticales de Cuervo y de Suárez; el Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana, considerado, desde sus comienzos editoriales, el más portentoso monumento en defensa y a la perennidad del idioma; y el advenimiento del modernismo lírico: José Asunción Silva, con la personalidad y jerarquía estéticas de su obra, marca el linde intersecular de nuestra poesía. Como vivió entre los desdenes de la incomprensión y los asedios de la adversidad, la crítica póstuma ha identificado por maceración, al hombre y su mensaje. Al gélido sol de la gloria tardía vino a verse que entregó las esencias más puras en los vasos más pulcros: la incomprensión y el calificativo de advenedizo, contra la pureza y la pulcritud del poeta, explican el trágico trance final: el poeta de Gotas Amargas creyó deber morir de propia mano, para sobrevivir en gloria inmaculada. Por distintas y distantes latitudes idiomáticas, obra de políglotas virtuosos, pasean sus *Nocturnos Inmortales*. Ningún otro caso como el de Silva. Su obra es, por igual, canto del cisne romántico y diana del moderno canto.

A las letras colombianas les llega el modernismo con un nombre —*Guillermo Valencia*— primero en el tiempo, pues que abre el siglo, y príncipe por el espíritu y la forma que dio a su advenimiento. “*Ritos*” poemario inicial (Bogotá, 1896; en este cumple sus primeros 65 años) muestra ya a un artifice dominador de culturas: el conocimiento y la inspiración fundieron allí estatuas y relieves; verdad y belleza abrían nuevas cátedras de estética; poemas como *Anarkos*, *Los Camellos*, *Palemón*, *San Antonio* y el *Centauro*; sonetos como *Decadencia*, *El triunfo de Nerón*, *Moisés*, ganaron para un poeta de 25 años aclamaciones y prestigios en toda hispanoamérica; Darío, Lugones, Chocano, lo saludaron desde las monárquicas torres del verso.

A Valencia no es dable encasillarlo en escuelas o capillas temporeras, lo que puede comprobarse en su “*Poesía Completa*” (edición Aguilar del 55, nunca la del 52, defectuosa hasta la iniquidad). Allí, la íntima melodía de “*Motivos*”, entre el simbolismo de Voz Muda y el parnasianismo de Las Dos Cabezas: la majestad augusta de exámetros y alejandrinos para la ciudad materna, y la orgía de sangre sacrosanta de “*En el Circo*”: el místico realismo de “*Loa del Pobrecillo*”, los trenos sinfónicos de Job y el madrigal crepuscular de “*Hay un instante*”... *Valencia*, como Hugo y como Pombo —sus máximas predilecciones líricas— fue de todas las escuelas.

Mal podría faltar en *Valencia* el intérprete de los grandes de otras lenguas: Hugo, Flaubert, Baudelaire, Heredia, Mallarmé, Leconte, Verlaine, Samain, Gautier, Maeterlinck; D’Annunzio, Pascoli, Arturo Graft, Ada Negri; Tennyson, Keats, Wilde; Goethe, Heine, Altemberg, George, Rilke, Camoens, Eugenio de Castro, Machado D’Assi, Olavo Bilac, Tagore, anónimos árabes, todos palpitan armoniosamente en su insondable sensi-

bilidad y renacen en su fiel expresión. El testimonio máximo lo da *Catay*, "ese niño colombiano con almendrados ojos de mongol", centenar de poemas recogidos por Franz Toussaint en el propio Pekín como una hechizante colección de breves y sutiles porcelanas que en la vitrina del Maestro conservan el efluvio paradisíaco del té y el aroma de almendros y durazneros del Celeste Imperio.

Valencia prosador es el apologista de la Patria encarnada en sus grandes; ella se los confiaba segura y honrada en vida, en muerte, en la conmemoración, en la defensa y exaltación de sus glorias, bien si se batía, caballeresco y leonino, en un parlamento, o si discurría ante selectos auditorios, o cuando evangelizaba muchedumbres políticas e indiscriminadas, mantuvo en sus días el cetro de la elocuencia. Y pudo decir con Marcial: "Ni un solo nombre digno he olvidado en mis alabanzas; la envidia nunca tocó en mi corazón a todo hombre de virtud y de talentos para el bien lo he saludado con respeto".

Con el siglo XX aparece la última gran *Tertulia Literaria*; agrupa lo más sui-géneris del momento: poetas y escritores evadidos ya de un sentimentalismo lloricón, y resueltos a una revolución estimulada por la influencia y corrientes del simbolismo francés, de donde, y no otro, el origen de su nombre, "La Gruta Simbólica". Curiosamente, sin embargo, clacisismo, romanticismo, parnasianismo y demás, se mantenían tónicas y dominantes en la producción individual. Prestancia dieron al conjunto Luis María Mora con su helenismo; Víctor M. Londoño con la depurada nobleza de su lira; Soto Borda con su estampa y su fibra quevedianas; Julio Flórez, arquetipo del poeta nacional en la medida que este conjugue carácter, sensibilidad y dilección de todo un pueblo; con este y por este triple aspecto Flórez fue el almirante de la flota.

A partir de Valencia el modernismo dilata su expresión en el folclorismo encantador de José Joaquín Casas; la melódica emotividad de Ismael Enrique Arciniegas; la épica triunfante de Aurelio Martínez Mutis y Manuel Muñoz Obardo; la sinfónica desolación de Porfirio Barba Jacob; el genio caricaturista de Luis Carlos López; el hogareño arrullo de Víctor Caro; la ternura penetrante de Leopoldo de la Rosa y de Ricardo Nieto; la dulcedumbre cristalina de Eduardo Castillo, Delio Seraville, Carlos Villafañe; el seráfico mistralismo de Nicolás Bayona Posada; la polifonía cromática y arquitectónica de Juan Lozano, José Eustacio Rivera y Miguel Rasch Isla; el conceptuoso decoro de José Umaña Bernal, Angel María Céspedes, Roberto Liévano; la vibración davídica de Genaro Muñoz, Mario Carvajal, Gilberto Garrido, Antonio Llanos, Guillermo Tejada; el dandysmo de Alberto Angel Montoya; los fascinantes ultramares de Octavio Amor-tegui, Castañeda Aragón, Helcias Martán, Payán Archer; el docto preciosismo de Rafael Vásquez; la gracia romancero-clarecina de Córdoba Romero; el humorismo capitoso de Fray Lejón Rivas Aldana.

León de Greiff, Rafael Maya y Germán Pardo García forman "el archipiélago sonoro" de mayor significación por el espíritu y la estética de sus voces. Magnitud de cultura, formación clásica, penetración del fenómeno humano en sus facetas y latitudes psicológicas, respeto por la dignidad lírica y elevación formal, sustentan una labor poética inmune a la corrosión y devaluación por caprichosos modales sub o super reales, más o menos

abstractos y efímeros. De Greif, el más insular con su exotismo impresionista en el asunto y en la colorativa virtud de su lenguaje; Maya, el más docto y sustantivo, espectacular y vigoroso; Pardo García, el de mayor sondeo con la angustia en el cósmico misterio, especialmente en el celeste gotear de sus sonetos.

Con posterioridad a la llamada "generación del centenario" que dejó relieves en todas las zonas intelectuales y literarias, apareció el grupo de Los Nuevos que contó en sus haberes, además de altos poetas, con prosistas y ensayistas de suprema calidad. Vino luego el movimiento de "Piedra y Cielo", como una avanzada insurgente contra los valores nacionales consagrados, a tiempo que bizarramente lucía intensas y directas influencias foráneas, singularmente las españolas coetáneas y penúltimas, empezando con Juan Ramón Jiménez a quien el grupo consagró con el rótulo nominativo; Eduardo Carranza, grácil y musical, fue esta vez el almirante de la flota, Jorge Rojas, Aurelio Arturo y Camacho Ramírez, poetas de este grupo pero sin tangencias exactas con él, ni por temperamento ni en modalidad, son tres límpidas ondas de poesía en la miscelánea corriente de esos días.

Historia, Novela, Teatro. La producción en estos géneros es notoriamente modesta, comparada con la poética de todo matiz; sin embargo, presenta testimonios bien destacables. En la monografía histórica y en el ensayo biográfico figuran de primeros Eduardo Posada, Laureano García Ortiz, Arcesio Aragón, Gustavo Otero Muñoz, José Dolores Monsalve, Enrique Otero D'Costa, Sergio Elías Ortiz, Gabriel Porras Troconis, los hermanos Ortega Ricaurte, José María Arboleda Llorente, los dos Hernández de Alba, Alberto Miramón, Miguel Aguilera, Manuel José Forero, Gabriel Giraldo Jaramillo, alta autoridad en historia del arte y ciencia bibliográfica, Luis Martínez Delgado, Luis Alberto Acuña y una duplicada docena más de firmas académicas en la biografía y el ensayo. Mención especial débese a escritores y exégetas bolivarianos, tales como Jorge Ricardo Vejarano, Indalecio Liévano Aguirre, Fabio Lozano Torrijos, Rafael Bernal Medina, Juan de Dios Arias y Alberto Lozano Cleves. Y es magistral la historiografía de la literatura colombiana en José María Vergara y Vergara, que la trajo hasta 1820; en Antonio Gómez Restrepo, insigne poeta además, con una obra monumental aunque inconclusa. El salesiano José Ortega Torres, Nicolás Bayona Posada, Gustavo Otero Muñoz, el jesuita José Núñez Segura y el brioso ensayista Javier Arango Ferrer han hecho,, en la crítica y la docencia, una labor que luce alto potencial de humanismo y rectitud, en nobleza de estilo.

En la novelística, así respecto de lo moderno actual como de lo inmediatamente anterior, se impone advertir que, dentro de su restricción de calidades, brinda sin embargo todos los matices de la compleja realidad contemporánea. Don Tomás Carrasquilla, prócer del regionalismo y su expresión vernácula, cuyo arte iguala y aún llega a superar al de los maestros españoles del género. José Eustasio Rivera crea en *La Vorágine* la novela insigne del trópico americano en su doble reverberación anímica y telúrica. Y reemplazando o complementando descriptivismo y costumbrismo atávico-románticos con escarmenes en la ruda y compleja tragedia, ahora inversa, del paisaje en el hombre, las escalas del realismo terrígeno aglomeran y

enrumban planteos con nuevas tramas y en estilos de dinámica sugestiva. Ilustrarían esta apretada síntesis o enumeración valorativa las novelas de Luis López de Mesa, Jorge y Eduardo Zalamea, Eduardo Caballero Calderón, Jaime Ardila Casamitjana, José Antonio Osorio Lizarazo, César Uribe Piedrahita, Bernardo Arias Trujillo, Alejandro Vallejo, Gabriel García Márquez, Arnoldo Palacio, Jaime Buitrago, Manuel Zapata Olivella, Manuel María Vallejo, aludiendo solo a la producción del primer ciclo actual.

El Cuento colombiano es, con el *Teatro* y la *Novela*, uno de los géneros subdesarrollados —para emplear epíteto tan de moda sociológica— y economista joven. Esto, naturalmente no implica dogmática negación ni desconocimiento alguno —¡Dios nos libre!— de notables y celebrados esfuerzos y de generosos acopios que a partir de la labor costumbrista de *El Mosaico* no han dejado nunca de aflorar en esa sutil temática y esquivia forma que equidista del “cuadro” y de la novela corta. Pero es por lo menos debatable el que, salvo pocas excepciones, nuestra cuentística ha enrumbado por la servil imitación de nuestros antiguos y modernos, o se ha desnaturalizado por tendencias de circunstancias o por caracterizaciones de ambientes que empequeñecen y descastan la genuina obra de arte. De este diagnóstico se salvan, sin duda, cuentistas como Tomás Carrasquilla, Efe Gómez, Eduardo Arias, consagrados ya por una aquilatada producción; y con posterioridad a ellos un corto pero atrayente grupo en que se destacan Antonio Cardona Jaramillo, Adel López Gómez, Jaime Buitrago, Carlos Arturo Truque.

Al decir de historiógrafos específicos de nuestra *Gramática*, esta surge en las primeras décadas del siglo XVII. Don Fernando de Valenzuela —en el monasterio cartujo, Fray Bruno— produjo en 1629 la auténtica primera obra de teatro escrita en el Nuevo Reino de Granada por un nativo de esta: el entremés titulado *Laurea Crítica*. El nebuloso punto quedó despejado a cabalidad con el documentado estudio prologal a la primera edición que se ha hecho de la obra de Fray Bruno, prólogo y edición colombiana de dos ilustres filólogos e investigadores: nuestro José Manuel Rivas Sacconi, secretario perpetuo de la Academia Colombiana de la Lengua y director del Instituto Caro y Cuervo, el cubano don José Juan Arrom, catedrático humanístico de la Universidad de Yale (EE. UU. N. A.). Compañero de Fray Bruno en el primer albor de nuestro teatro don Hernando de Ospina con su comedia “Guerra de los pijaos” que en sus días se conoció y circuló manuscrita, pero que, tal vez por ello precisamente, desapareció sin dejar rastro alguno.

La dramática, según historiadores específicos, surge en las primeras décadas del siglo XVII: Bruno de Valenzuela, monje cartujo, con sus comedias religiosas, “Vida de Hidalgo” y “En Dios está la Vida”, y Hernando de Ospina con “Guerra de los Pijaos”, son los comediógrafos primiciales. A través del siglo XVIII nada se registra pertinente al género, salvo la inauguración del primer coliseo colombiano en la última década. Durante el siglo XIX, la labor fue de medianía; apenas sobresalen los productos pseudoclásicos de Fernández Madrid, Vargas Tejada, José Joaquín Ortiz, José Caycedo Rojas, Santiago Pérez, J. Manuel Samper, Angel Cuervo, Sáenz Echavarría, Carlos Arturo Torres, Adolfo León Gómez y Lorenzo Marroquín y José María Rivas Groot, con escapes más o menos felices en

lo histórico y lo costumbrista de todo matiz. Pero la evolución, aunque lenta, siguió marcando avances sustanciales y formales, en vivencia, modernidad y expresión, en la temática y la técnica. Se destacan en la alta comedia Antonio Álvarez Lleras, Daniel Samper Ortega, Víctor Martínez Rivas, Ramón Rosales, Rafael Burgos, Oswaldo Díaz. Luis Enrique Osorio ha nutrido su teatro en propósitos y aspectos de crítica político-social bizarramente ataviada de sátira y localismo que le han ganado vasto entusiasmo popular. En el poema llevado a escena, Angel María Céspedes, Jorge Rojas, Arturo Camacho Ramírez y Gerardo Valencia, deben señalarse antológicamente con su respectiva obra: *El Tesoro*, *La Doncella de Agua*, *Luna de Arena y Chonta*.

Con exponentes en Sergio Arboleda, Rafael Núñez, Carlos Arturo Torres, Santiago Pérez Triana, Carlos Martínez Silva, Carlos Holguín, Rafael María Carrasquilla, Baldomero Sanín Cano, Félix Restrepo S. J., Monseñor Castro Silva, Ignacio Rodríguez Guerrero, Eduardo Ospina, S. J., Abel Carbonell, y con elencos de primer cartel en el periodismo, Camacho Carrizosa, los Pérez, los Canos, los Santos, Laureano Gómez, Fernando Gómez Martínez, Alberto Lleras, Silvio Villegas y el exbeligerante grupo de "Los Leopardos", estos especialmente en la oratoria política, la llamada Literatura de ideas, por contraposición a la de predominio estético formal, muestra las más calificadas aportaciones.

Característica de la cultura colombiana es la preeminencia que otorga a sus instituciones académicas, guardianas del patrimonio idiomático, histórico, etnológico, antropológico, folclórico, artístico etc. Agrupan ellas a los laboriosos de la lingüística, la filología, la investigación, la cátedra. La Academia Colombiana de la Lengua, la más antigua (1871) entre las correspondientes hispanoamericanas de la Española, se mantiene en laboriosidad ejemplar. Proyección suya en el tiempo y en las actividades especialmente filológicas y lingüísticas es el Instituto Caro y Cuervo. Además de la continuación del monumental Diccionario de Construcción y Régimen, de Cuervo, las ediciones críticas de clásicos y modernos, propios y extranjeros, paralelamente con la fecunda actividad individual, o en equipo, que desarrolla, fundamentan el benemérito renombre internacional de la Institución. Otro tanto debe anotarse respecto del Instituto Etnológico y Antropológico cuyo volumen de contribución científica a nuestras letras, lo constituye un verdadero blasón de la cultura colombiana.

Y para cerrar esta super-compacta reseña literaria, nada más justo que destacar, como fenómeno único en Hispanoamérica, el caso ejemplar de la actividad editorial, conferencial y de presentación de valores de estudio y de arte que el Banco de la República despliega desde su benemérita "Biblioteca Luis-Angel Arango" y proyecta con empeño generoso hacia todas las posibilidades y sobre todas las realidades de la producción nacional en las letras y las artes.